

La universidad católica: un lugar para sentirse en casa³

The Catholic University: A Place to Feel at Home

Mons. Giovanni Cesare Pagazzi⁴

Resumen: En este discurso, presentado el 6 de septiembre de 2023 en la Universidad Católica Boliviana “San Pablo” sede La Paz, Bolivia, con motivo del reconocimiento otorgado por la Santa Sede a la Universidad Católica Boliviana por su historia, calidad y servicio eclesial, monseñor Cesare Pagazzi reflexiona sobre la importancia de la educación en el carácter formativo de una universidad, y de manera particular, la universidad católica, en la búsqueda de la verdad y con la esperanza de encontrarla. Para el autor, tener conciencia del sentido de una universidad como el “alma mater”, es entendido como alentar y animar.

Palabras clave: Universidad Católica, universidad y formación, religión católica, Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, Santa Sede, Dicasterio para la Cultura y Educación del Vaticano.

Abstract: In this speech, delivered on September 6, 2023, at the Bolivian Catholic University, renowned for its rich history, academic excellence, and ecclesiastical dedication, Monsignor Cesare Pagazzi contemplates the profound significance of education in shaping the character of a university, particularly one grounded in the Catholic tradition, as it embarks on a quest for truth with unwavering hope. The author underscores the importance of recognizing the university as the ‘alma mater,’ a nurturing and inspiring entity.

Palabras clave: Catholic University, university and education, Catholicism, Bolivian Catholic University ‘San Pablo,’ Holy See, Vatican Dicastery for Culture and Education

³ Discurso presentado el 6 de septiembre de 2023, en las instalaciones de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo” sede La Paz, con motivo del reconocimiento otorgado por la Santa Sede a la Universidad Católica Boliviana por su historia, calidad y servicio eclesial. En esa ocasión, se entregó el Decreto de Erección Canónica que sitúa a la U.C.B. entre las 53 universidades católicas reconocidas por la Santa Sede.

⁴ Secretario de la Sección Educación del Dicasterio para la Cultura y Educación del Vaticano. Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (1996). Correo electrónico: pagazzi@istitutogp2.it

En nombre del Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación, el Cardenal José Tolentino de Mendonça, y en el mío propio, agradezco la grata invitación a esta celebración que conmemora un importante acontecimiento para la Universidad Católica Boliviana: su reconocimiento canónico por parte de la Santa Sede, a través del Dicasterio para la Cultura y la Educación. Se trata de un momento significativo para la Iglesia y la sociedad bolivianas, así como para la Iglesia universal, ya que la Universidad Católica Boliviana se integra más plenamente a la red de Institutos académicos que le ayudan a ejercer la misión evangelizadora en el mundo, por medio de la educación superior.

Con gran afecto, saludo a las Autoridades eclesíásticas, en particular, a Mons. Oscar Aparicio Céspedes, Gran Canciller de esta distinguida casa de estudios, así como a los Señores Obispos y Arzobispos que nos acompañan. Saludo, de igual manera, al Rector Nacional, el Reverendo Padre José Fuentes Cano, y a todas las demás Autoridades académicas, con un agradecimiento particular a la Doctora Ximena Peres Arenas, Rectora de la Sede La Paz, que acoge este evento. Saludo a la Secretaria general, a los Vicerrectores, a los señores Decanos y a los Directores de departamentos, a los Docentes y a todo el Personal administrativo, tan necesario para que la coreografía de la universidad sea ágil y elegante. Saludo, también, y muy en especial, a todos ustedes, queridos estudiantes.

Si la palabra “universidad” deriva de “universo”, que significa “el conjunto de todas las cosas”, el adjetivo “católica” la refuerza e inspira. En efecto, “católico” significa “según el todo”, “a partir de todas las cosas”. “Católico” es, pues, un lugar donde todos se sienten en casa, es decir, un ambiente donde cada quien se reconoce mutuamente, donde no solo hablan las personas, sino también las cosas, y donde uno está libre del miedo, sentimiento que aprisiona e inclina hacia el mal. La universidad, y con mayor razón la universidad católica, es el lugar donde se siente en casa quien ama la verdad y, por tanto, la busca, quizá sólo tímidamente, pero con la esperanza de encontrarla. Que ningún buscador de la verdad se sienta excluido de esta universidad, dondequiera que él se encuentre en este momento de su camino. Lo que importa no es si está cerca o lejos de su meta, sino si está en camino, en lucha por alcanzarla. Dos son las insignias del buscador de la verdad: la pasión por la justicia y el deseo de paz. Por ello, todos los apasionados por la justicia y todos los que anhelan la paz sean bienvenidos en esta casa.

En esta casa, la verdad se busca “católicamente”, es decir, “según el todo”, “a partir de todas las cosas”, gracias también a las perspectivas que ofrecen las distintas áreas de enseñanza, estudio e investigación: desde la ingeniería a la economía y la empresa, desde la comunicación a la informática, desde el diseño, desde el derecho a las ciencias políticas, desde las humanidades, desde la filosofía a la medicina, desde la teología. Cada uno de estos enfoques tiene su propio estatuto epistemológico y un método digno de respeto. Sin embargo, la investigación, la enseñanza y el estudio se afinan

aún más en la medida en que no se limitan a la observación de su propio objeto de interés, sino que, respirando profundamente la atmósfera universitaria, se ejercitan o rehabilitan en una mirada “según el conjunto”, gracias a una interdisciplinariedad y transdisciplinariedad que pueden ser estructuradas en momentos precisos, pero, ante todo, vividas cotidianamente. Siempre será loable y provechoso que en la Universidad Católica se respire un aire interdisciplinar y transdisciplinar. En efecto, la observación extremadamente estrecha o focalizada puede volverse fijada, obsesiva y, por tanto, excluyente e injusta. Tendrá la precisión de una mira, pero perderá de vista el panorama completo de la realidad, el entero paisaje de la verdad.

Necesitamos mentes, corazones, manos a la altura del escenario completo de la realidad, del país entero de la verdad, no sólo de una de sus plazas o callejones. Por ello, ayudemos a formar mentes católicas, capaces de ver y conocer “según el todo”, dotadas de una visión panorámica del misterio del mundo, del misterio del hombre, del misterio de Dios. Ser verdaderamente universitarios, hombres y mujeres con una visión panorámica, es una manera de ser verdaderamente “católicos”: sentir, desear, pensar y creer “según el todo”. Así, ser verdaderamente católico es tener una cierta mente universitaria; esto puede aplicarse también a la persona más sencilla, incluso a la menos instruida, pero, quizás, con una mente capaz de albergar toda la realidad, sus centros y sus periferias, sus esplendores y sus oscuridades, sus fortalezas y sus fragilidades, la vida y la muerte, y la vida después de la muerte.

Los hombres y mujeres de estudio e investigación son hombres y mujeres valerosos. En efecto, nadie se lanzaría hacia algo que aún no conoce sin coraje o valentía, que es el principio de toda acción. Es un impulso primario y fundador, sobre el que se engancha la fidelidad, es decir, la virtud de la perseverancia. Fidelidad que exige también el estudio. Sin coraje y valentía, no hay búsqueda, no hay fidelidad.

Uno de los momentos más complejos y estimulantes para un niño es dar su primer paso sin el apoyo de sus padres y de algún mueble. Ciertamente, estas ayudas fueron necesarias y prepararon al niño para ese momento, pero caminar solo es una experiencia de otro orden; una cosa muy distinta. Se requieren muchas acciones: mantenerse en equilibrio, mirar al frente y al suelo, evitar obstáculos de todo tipo y mover el cuerpo en la dirección deseada. Todas estas cosas hay que hacerlas al mismo tiempo. A esto se añade el comprensible miedo a caerse. El miedo lleva a un exceso de precaución, a veces sustentado por un pensamiento demasiado escrupuloso. Si el niño organizara mentalmente la secuencia de acciones a realizar, enumerándolas y clasificándolas en un orden preciso, se asustaría aún más. Si quisiera prever y medir cada movimiento y todas las variables de un acto tan complejo, pospondría sin cesar dar el primer paso, hasta el día, ciertamente imposible, en que lo tuviera todo bajo control. Pretender la certeza del éxito antes de actuar nos llevará a nunca actuar. Y, aun así, nadie puede ocupar su lugar; el pequeño se enfrenta a su propia e insustituible singularidad: depende de él, de nadie más. ¿Qué es lo que concretiza su deseo de caminar en el primer paso?

¿Qué hace que tienda un puente sin pilares sobre la oscuridad vacía del miedo, la indecisión o los pretextos asustadizos? El coraje, la valentía. Se afirma y se impone, nadie sabe cómo, nadie sabe desde dónde, ese “no sé qué”, el fiat lux del coraje. En el bullicio del alma, tanto inmóvil como agitada por vacilaciones y excusas, irrumpe una decisión inicial, tajante, drástica e ineluctable que, protestando contra la inercia de una conciencia demasiado avisada, demasiado pulida, calculadora o escrupulosa, crea algo nuevo. Al no gustarle los adornos (ni mentales ni emocionales), el coraje va directo al grano; apunta a lo necesario, evitando todo lo que disipe la fuerza de la decisión inicial. Por eso, el coraje se asemeja a la pobreza evangélica, esa virtud que ve en lo superfluo una pérdida indecente de tiempo y energía. “Bienaventurados los pobres de espíritu” también porque, en general, tienen coraje de sobra.

Impulsado por el augurio de triunfar y la disponibilidad de caer, incluso con el riesgo de lastimarse, el niño enciende el fuego sagrado, mucho más misterioso que la química que lo produjo. El coraje no lo convierte en el aventurero temerario o imprudente, que juega con el miedo y la muerte para darse una “estatura maquillada” o conseguir una sacudida antidepressiva. En todo caso, lo convierte en aventurado, es decir, el que arriesga su vida en nombre de la vida. Y aquí está el principio, la inauguración de una nueva etapa en la vida del pequeño. Hay un antes y un después de ese paso decisivo.

En una expresión rústica, pero maravillosa, el filósofo judío Vladimir Jankélévitch afirma que “el diablo no puede hacernos daño, pero sí puede infundirnos miedo. El diablo se resquebraja ante nuestra inocencia y nuestro coraje”. Nos infunde miedo para apagar nuestro coraje. Puede querernos temerarios, imprudentes, pero no valientes, porque en la valentía –como en el primer paso del niño o del que comienza a buscar– resplandece la imagen y la semejanza de Dios. Él, en efecto, es el Valiente (con mayúscula) porque, desde siempre, Dios es Padre, fuente y origen de todo ser, junto con el Hijo, por quien “todas las cosas fueron creadas” (Col 1,16) y el Espíritu Santo que las ilumina y las sostiene. Usando la expresión de San Juan, podríamos decir que “En el principio era la valentía” y nada ni nadie habría llegado a existir sin él. Una piedra, una hoja, un lobo, una estrella, un hombre y una mujer, por ejemplo, son signos de la valentía eterna de Dios.

Hoy, más que nunca, el mundo y la Iglesia necesitan hombres y mujeres valientes, porque la valentía es, también, el otro nombre de la esperanza. Ustedes son buscadores de la verdad, por tanto, apasionados por la justicia, deseosos de paz. Son hombres y mujeres que se esfuerzan por ver la realidad “según el todo”. Por eso son valientes ciertamente. Que nuestra entera Universidad se distinga aún más por la valentía, convirtiéndose en un prestigioso centro de investigación, promotor de pensamientos y de personas creativas, capaces de ver en la complejidad de las cosas no un obstáculo, sino un punto de partida; no una preocupación, sino, ante todo, una posibilidad. Por favor, que nuestra entera Universidad encienda el fuego del coraje y la valentía.

Según una tradición que se remonta a la universidad más antigua del mundo occidental, la de Boloña, Italia, los estudiantes llaman “Alma mater” a la universidad en la que se formaron. La expresión latina significa “madre que nutre”, “madre que consuela”. Es una imagen poderosa, ya que transporta al estudiante al principio mismo de su existencia. Tras el nacimiento, la sensación de plenitud, garantizada por el vientre materno, se prolonga con la figura vigilante, protectora y envolvente de la madre. La palabra “mamá”, procede del latín *māmma*, que significa “pecho”, “seno”. La lactancia materna está en estrecha continuidad con la alimentación intrauterina, una prolongación del embarazo y del vínculo entre el niño y el útero, hasta el punto de convertirse en su sustituto.

La lactancia materna no termina simplemente con la satisfacción de una necesidad fisiológica, ya que activa un entorno afectivo completo que desencadena el reconocimiento mutuo entre la madre y el hijo, promotor de la autoconciencia del recién nacido, gracias al primer intercambio de miradas y sonrisas y a los primeros ecos vocales. Sin estos gestos originales es casi imposible que el niño llegue a decir: “yo”. Es una experiencia de tal implicación y satisfacción que la leche de la madre, e incluso su solo olor, son capaces de calmar al bebé cuando llora de hambre, dolor o soledad. Sin embargo, la lactancia también está marcada por una experiencia creciente de separación entre el bebé y la madre: el niño no puede permanecer todo el tiempo unido al pecho, sino que alterna entre la toma y la abstinencia, hasta llegar al destete, la separación completa del pecho. La delicadeza y la complejidad del destete son proporcionales a la indecible intensidad del apego experimentado en el útero y en el pecho. El recién nacido llora y grita lleno de angustia al percibir incluso la separación momentánea de la madre. Siente esta separación como mortal, tan insoportable que por ello grita desesperado. Los gritos y llantos de un recién nacido, por ejemplo, al despertarse durante la noche, tocan las cuerdas más profundas del alma. Tal vez la madre ya esté cerca, en la habitación contigua; probablemente ya esté de camino, viniendo hacia él, pero el pequeño vive ese momento de ausencia como una eternidad, una separación existencial que lo hunde en la desesperación. No está en absoluto abandonado; de hecho, incluso recibe cuidados nocturnos continuos; pero la violencia de su reacción y el dramatismo de sus gemidos, manifiestan exactamente una percepción contraria. En cualquier caso, la madre debe favorecer el desprendimiento progresivo del niño de la falsa imagen de sí mismo que resulta de la satisfacción plena, típica del amamantamiento. Poco a poco, el bebé debe experimentar la discontinuidad de la mujer: está y no está, viene y se va, se muestra y desaparece. La primera reacción del niño es el repudio resentido hacia la madre, puesto que ya no se ajusta a sus expectativas de plenitud. Sin embargo, si desde el principio la madre le da al niño suficientes pruebas de fiabilidad, él comenzará a subsanar sus vacíos o carencias. Para ello cuenta con la ayuda de la propia madre que, como diría Donald Winnicott, se presenta “en un estado de idas y vueltas”, adaptándose alternativamente a la capacidad actual del niño para encontrarla y dejándose buscar tal como ella es en

realidad, es decir, sin corresponder única y plenamente a las expectativas de su hijo. Ciertamente, esta dinámica no es posible sin que el pequeño experimente la separación, la distancia y la falta de la madre; pero si esto funciona, el niño sentirá que la mamá es fiable, a pesar de no estar tan disponible como él quisiera. De este modo, aprende a estar solo, iniciando una nueva fase de la vida, caracterizada por la capacidad de jugar, es decir, de crear, de inventar el mundo, poniéndose en movimiento. Poco a poco, empieza a involucrarse con las cosas y las personas, gracias a la inventiva y al respeto de las reglas propias de cualquier juego. Si la madre fuera una presencia asfixiante, el niño no se abriría a la creatividad del juego. Sin vacíos o sensación de abandono, no hay juego. Este proceso de ir y venir, de ausencia y retorno, de abandono y presencia, capacita al infante para entrar en el juego, en la vida, en la fe. No es un regalo ya hecho, sino el don de una conquista. Y toda esta dinámica comienza a partir de una condición: la esperanza de la madre.

El comportamiento de la madre que empieza a dejar solo al niño está motivado por la esperanza de que el niño consiga estar solo. Sin la esperanza en el poder del niño, la madre no lo dejaría nunca, ni un solo momento. En este sentido, la chispa de todo es el reconocimiento de una fuerza, la esperanza en un poder. La madre es madre porque anima, alienta, impulsa. En primer lugar, no impone una tarea (“¡Tienes que hacerlo!”), sino que advierte una potestad: “¡Tú puedes hacerlo!”. Mirando a su hijo recién nacido, incluso aún con los ojos cerrados o la mirada perdida, le está diciendo: “¡Tú puedes regresarme la mirada!”; y, tarde o temprano, el pequeño la mirará a los ojos. Sonriéndole, aunque el rostro del recién nacido sea casi inexpresivo, ella le está diciendo: “¡Tú puedes sonreír!”. Y, tarde o temprano, el bebé lo hará. Repitiéndole las primeras palabras “mamá”, “papá”, le está confirmando: “¡Tú puedes hablar, responder!”. Y el niño, tarde o temprano, hablará. De igual manera, dejándolo solo, le declara: “Tu puedes jugártela, habitando la realidad, escuchando sus ‘¡Sí!’ y sus ‘¡No!’”. La buena madre es la iniciadora y la vigilante del “¡Tú puedes!”; por eso, donde otros acusan, ella ve posibilidades; donde otros señalan caídas y fracasos, ella capta la capacidad de levantarse de nuevo. En su hijo no ve solo victorias o solo derrotas, sino que percibe, en cada caso, ocasiones, posibilidades.

Afirmar, entonces, que la universidad es el “alma mater” significa reconocer su capacidad de alentar, de animar. Incluso el coraje de estar solos; solos cuando se estudia, solos cuando se busca la verdad, la justicia y la paz y se está rodeado de quienes no quieren la verdad, la justicia y la paz. Solos cuando llegamos y nos encontramos ante una responsabilidad que es exclusivamente nuestra y no delegable. La universidad es una comunidad que llena la vida de conocimientos, relaciones y afectos, pero cumplirá plenamente su misión en la medida en que sepa destetar hombres y mujeres a la altura de sus propios deberes y a la altura de sus propios poderes; capaces de honrar el “¡Tú debes!”, pero también el “¡Tú puedes!”, sin excusas, ni justificaciones.

Todo esto vale aún más, y con mayor razón, para una universidad católica, dado que Dios mismo se presenta como una madre que nutre y amamanta, un Alma Mater, de acuerdo con la conmovedora imagen que cierra el libro del profeta Isaías:

Todo esto vale aún más, y con mayor razón, para una universidad católica, dado que Dios mismo se presenta como una madre que nutre y amamanta, un Alma Mater, de acuerdo con la conmovedora imagen que cierra el libro del profeta Isaías:

Ustedes serán amamantados y llevados en brazos,
y sobre las rodillas serán acariciados.
Como una madre consuela a su hijo,
así los consolaré yo;
en Jerusalén serán consolados.
Ustedes lo verán y se alegrará su corazón,
sus huesos serán frondosos como la hierba.
(Is 66,12b-14)

Gracias.